

selecciones de **FRANCISCANISMO**

L. LEHMANN, OFM ^{Cap} , Adoración universal. La oración «Te adoramos» del Testamento de S. Francisco	323-334
T. MATURA, OFM, Evangelización o acogida del evangelio por Francisco y sus hermanos	335-354
O. SCHMUCKI, OFM ^{Cap} , La mística de S. Francisco de Asís a la luz de sus escritos	355-390
F. AIZPURÚA, OFM ^{Cap} , La experiencia posible. Lugares teológicos de la experiencia de Dios en S. Francisco	391-402
Sr. SAINT JEAN, OSC, La persona, la Iglesia y el mundo en la visión profética de santa Clara	403-419
K. ESSER, OFM, Del amor verdadero (Adm 24 y 25 de S. Francisco)	420-426
J. MICÓ, OFM ^{Cap} , Menores y al servicio de todos. La minoridad franciscana	427-450
M. HUBAUT, OFM, La minoridad según san Francisco	451-461
JUAN PABLO II, Discurso a los formadores capuchinos (21-IX-91)	462-463
JUAN PABLO II, Discurso al nuevo Definitorio general OFM (23-IX-91)	464-466
Literatura franciscana	467-478
Índices del Vol. XX (1991)	479-480

60

1991

Vol XX
Fasc. III

Telecciones de **FRANCISCANISMO**

Director:

Joaquín M. Beltrán, ofm.

Subdirector:

Rubén Camps, ofm.

Consejo de Redacción:

Sebastián López, ofm.
Vicente Pellicer, ofm.
José Vte. Ciurana, ofm. cap.
José Ant. Lombart, ofm.
Vicente Nogués, ofm.

Administrador:

Simón Zuska, ofm.

Redacción y Administración:

Apartado 7.017
Teléfonos: (96) 391 96 51
(96) 391 20 31
46080 Valencia (España)

Administración (giros postales):

Calle Franciscanos, 4
46003 Valencia

Suscripción:

España 1.500 ptas.
Europa 20 \$ USA. ó
2.000 ptas.
Otros países (por
avión) 25 \$ USA.

como indica el título, preferentemente selecciona los mejores artículos publicados en revistas científicas o de alta divulgación sobre tema franciscano: espiritualidad, teología, historia; sin excluir colaboraciones originales, cuando lo creamos oportuno.

Los artículos, que aligeramos de sus notas o referencias bibliográficas, unos se publican en su totalidad; de otros, en cambio, no ofrecemos sino el resumen del pensamiento del autor, condensando la exposición original. Unas veces van agrupados en números monográficos; otras, no.

Nuestro deseo es ayudar a los lectores de lengua castellana a descubrir el Espíritu que, acogido con fidelidad absoluta por Francisco, cristalizó en lo que llamamos Carisma franciscano.

La REDACCIÓN no hace necesariamente suyas las afirmaciones u opiniones de los autores, cuya presentación considere oportuna.

Con las debidas licencias
Depósito legal: V. 519-1972
Imprime: Imprenta Nácher, S. L.
Miñago, 7. 46003 - Valencia

LA EXPERIENCIA POSIBLE

Lugares teológicos de la experiencia de Dios en san Francisco

OBSERVACIONES INICIALES

Este trabajo podría insertarse, como una colaboración menor pero viva, en el gran esfuerzo que la teología espiritual de hoy realiza para desvelar los presupuestos y modos de la posibilidad de una experiencia de Dios en el contexto actual. Ese marco general es, por lo mismo, el objetivo global de estas notas: colaborar a suscitar el deseo y la posibilidad de la experiencia de Dios en el hoy de la persona cercana a Francisco de Asís.

Por otro lado, como se puede comprender con facilidad, el tema de la experiencia de Dios en Francisco ha sido objeto de amplio estudio entre los franciscanistas (hubo un renacer del tema con motivo del octavo centenario de su nacimiento, en 1982). Eso sí, casi siempre ha sido tratado desde lados puntuales y teológicos, quizá demasiado escolares, aunque todo ello ha colaborado a confirmar la secular certeza de que Francisco de Asís ha sido un hombre que ha llegado a niveles de experiencia de Dios de excepcional densidad.

Nosotros pretendemos presentar el tema en una especie de pequeño sistema ideológico, como si en Francisco se desvelara una dinámica interna que tiene su lógica y su trabazón, una especie de radiografía general de su modo de relación con la realidad de lo divino.

Convencidos, además, de la capacidad inspiradora de la persona y escritos de Francisco, haremos una proyección de este sistema experiencial de Dios a otro, posible para nosotros en la realidad en la que habitualmente se mueve la persona de hoy. Dejaremos un poco de lado los tecnicismos franciscanos para situarnos en el lado más vivencial posible.

I. FRANCISCO, TODO UN EXPERTO EN DIOS

No nos cabe la menor duda de que Francisco ha sido todo un experto en Dios, un «sabio» de lo que puede ser la realidad de Dios en la vida del creyente. Y que eso ha sido algo que se lo ha trabajado personalmente, nos parece igualmente claro. Así mismo, es una certeza para nosotros que el Espíritu que asiste y anima a la Iglesia ha vertido su potencia en la pobre historia de Francisco. Por eso, su lenguaje, más allá de su inevitable arcaísmo, sigue siendo elocuente para la persona de cualquier época. Entremos ya un poco en ese sistema de experiencia que es la vida creyente de Francisco.

1. EL PUNTO DE PARTIDA: LA EUCARISTÍA

Todos sabemos el estado verdaderamente deficiente en que se encontraban los modos celebrativos de la Eucaristía en tiempos de Francisco; sabemos también el sufrimiento que ello producía a la fe de Francisco y el remedio que trató de poner, tanto a nivel personal y fraterno como en la adhesión a las campañas pontificias (por ejemplo, aquella de Honorio III que se refleja en la bula *Sane cum olim*). Y es que, ciertamente, Francisco vivió en constante valoración el misterio de la Eucaristía. Todo lo suyo estuvo enmarcado en ella: su conversión (1 Cel 22), la de sus primeros compañeros (1 Cel 24), Greccio (1 Cel 84-86), etc. Comulgaba con frecuencia (2 Cel 201), incluso bajo las dos especies (CtaA 6), sin importarle la situación moral del sacerdote (Test 8-11), animando incansablemente a sus hermanos a que celebraran la Eucaristía con corrección (CtaO 14-16). ¿Qué ha supuesto, pues, la Eucaristía para la vida cristiana de Francisco?

- * A Francisco se le revela que en la Eucaristía es donde el creyente hace la experiencia mayor que uno puede hacer en su vida cuando se pone ante Dios, y ahí se le revela el sentido justo del «murió por nosotros».
- * No es una revelación ajena a su realidad personal, porque empieza a darse cuenta de que su vida entra también en el mismo destino de cruz que el de Jesús (2CtaF 2-14). Francisco ve que su vida es acogida por el amor del Padre que ha puesto a Jesús en la cruz por él.
- * Es entonces cuando Francisco se siente responsable de dar a los demás las «palabras recibidas», para decir que Dios está accesible al creyente en el sentido de la cruz que se aprende en la Eucaristía (2CtaF 1).

- * Y sólo en la garantía de la celebración según el sentir de fe de la Iglesia se tiene la seguridad de que éste es el camino correcto.

Francisco ha aprendido la vida cristiana en la Eucaristía porque ahí se le ha mostrado el secreto de la cruz de Jesús.

2. LA EXPERIENCIA DE LA HUMANIDAD DE JESÚS

Al filo de las corrientes espirituales de la época, Francisco ha hecho un verdadero descubrimiento de los valores teológicos de la humanidad de Jesús. Particularmente en dos puntos:

a) *La encarnación:*

Francisco descubre esto, no por deducciones teológicas, sino por ese sentido religioso propio de los grandes de la fe y enmarcado en el ámbito de la Iglesia. El texto 2CtaF 4-6 es elocuente: Jesús ha tomado nuestra humanidad, nosotros tomamos ahora su humanidad sacramentada; la Iglesia es la receptora del hecho encarnacional de Jesús, misterio de pobreza y fragilidad. Para Francisco, la encarnación es la confirmación de que la pobreza ha sido el camino de Jesús desde el principio y, por lo mismo, es la única norma del hermano menor (Adm 1, 8-9); pobreza que es unión con la cruz, ya que nacimiento y muerte del Señor son dos límites de una única realidad (2 R 23, 3; OfP 2, 4). Así, este Jesús entroncado con la pobreza de la historia iluminaba todas las situaciones de exclusión social y daba sentido a las opciones de vida en pobreza que, para Francisco, llevaban en derechura al corazón del Evangelio.

b) *La cruz de Jesús:*

Desde el principio éste ha sido el gran apoyo y descubrimiento que ha sustentado el entramado cristiano de Francisco. Ya en aquel diálogo legendario con el Cristo de San Damián (TC 13), los anhelos creyentes de Francisco quedaron confirmados en el misterio de la cruz. Pero fue sobre todo al final (TC 69), cuando Francisco, tras un singular proceso de meditación, vivencia de fe e identificación con la cruz de Jesús, recibió ese peculiar signo de las llagas. Los últimos años de su vida han estado impregnados de una búsqueda de sentido y valoración del Cristo sufriente y crucificado.

Quizá lo que ha supuesto la cruz de Jesús en la vida de Francisco dimana de su peculiar concepción de la persona: según él, ésta se halla desgarrada y su existencia perdida; la salvación solamente podrá venir de la autoentrega gratuita de un Dios amor que comparte la suerte del hombre. Ése es Jesús. Cuando la persona cae en la cuenta de esto, se deja llevar del amor que en la cruz ha acogido su vida perdida y, en la fuerza de ese amor, es capaz de organizar su vida de modo nuevo. Así empieza a vivir bajo la pura inspiración del Espíritu y es capaz de desprenderse de lo que le estorba en este camino, hasta llegar a serios grados de despojo.

Este doble desvelamiento, encarnación-cruz, se puede decir que es el motor último de la vivencia de fe de Francisco. La humanidad de Jesús en sus raíces últimas ha sido para él una humanidad salvadora.

3. EN EL MARCO DEL MISTERIO DE LA IGLESIA

Francisco ha tenido una experiencia muy concreta del misterio de la Iglesia. Eso concreto ha sido la «romanidad» de la Iglesia: la veneración al Papa, que es aceptación desde la fe, como visibilización del Jesús salvador; la cercanía, por causa del Evangelio, con ciertos eclesiásticos de alto rango (TC 47; 20; 2 Cel 220; EP 50); la actitud reverente para con los sacerdotes, por causa del misterio que ofrecen al pueblo creyente (Adm 26; Test 3; 2 Cel 146). ¿Por qué esta visión apreciadora de la estructura eclesial a pesar del ámbito de limitación en el que se mueve?

La respuesta es clara: por motivos de fe. Ya hemos dicho cómo Francisco aprende la fe en la Eucaristía; con ella ha ido encontrando el secreto de la humanidad de Jesús, de su encarnación y muerte. ¿Cómo sabe él que todo esto es cierto? La única garantía de verdad es celebrar la Eucaristía en el espíritu, la intención y el modo de la Iglesia católica. Sólo así se sitúa uno en la línea del reino de Dios que Jesús manifiesta en su mensaje y en su sacramento. No se puede ser cristiano sin Eucaristía, y no puede haber Eucaristía sin Iglesia, que es quien administra el pan y el vino y las santas palabras, el modo de vida según el reino. Por eso Francisco necesita de la Iglesia y puede superar su componente débil, porque ha comprendido que su vida no tiene sentido fuera del camino de Jesús que la Iglesia marca. Por eso ama y vive en la línea de la Iglesia. Por eso acepta (aprecia y cuestiona con su estilo de vida) sus aspectos institucionales más duros. Y junto a todo eso, no lo olvidemos, la Iglesia ha cobrado

también para Francisco el rostro concreto del grupo de hermanos (2 Cel 192).

Francisco no es persona de andar por las Curias (Test 25). Es persona de Iglesia por causa de la fe. De tal manera la Iglesia es lo visible de Jesús en la historia, que seguir y venerar las huellas de la madre Iglesia es lo mismo que seguir y venerar las huellas de Jesús (2 Cel 24). Por lógica de fe.

4. DERIVANDO EN UN ESTILO DE FE

Esta vida inmersa en el descubrimiento de los valores componentes de lo cristiano deriva en un estilo de vida, el modo de vida del hermano menor. Destacamos estos rasgos:

- a) Una vida «penitente»: un cambiar de estilo de vida por causa del Evangelio, sometiendo el propio yo al Evangelio, excluyendo toda posibilidad de asegurarse contra la voluntad de Dios. Una vida a merced del Evangelio.
- b) Una vida «según la forma» del Evangelio: es vivir hoy la fe con los mismos criterios de Jesús y, en lo posible, con el mismo estilo de vida que llevó el Jesús de los relatos evangélicos. No son imitaciones postizas, sino cercanía a la Palabra (1 Cel 84), mirada paciente y amorosa al estilo de vida de Jesús para tratar de hacerlo suyo.
- c) «Predicando» como los apóstoles: es decir, en la sencilla predicación de las «buenas obras», del estilo de vida (1 R 17). Sólo posteriormente la predicación se hará algo técnico (2 R 9). Una predicación con el único medio de la propia experiencia evangélica, verdadero testimonio dirigido a la conciencia misma de la Iglesia.
- d) Vida en pobreza: que no es fin en sí misma, sino un modo peculiar de concretar el camino evangélico, convencido de que es el más derecho para entrar en el núcleo del Evangelio.
- e) Vida en fraternidad: queriendo construir el amor entre hermanos por causa del Evangelio, lo que incluye el aprecio humano, aunque vaya más lejos todavía (2 R 6, 7-9). Es el amor al hermano que le ha nacido por el Espíritu y que Dios le da como regalo.

5. ENVUELTO EN LO ORANTE

Todo este sistema tiene un apoyo, una envoltura que lo hace definitivamente consistente: la oración cristiana. Que Francisco fue un hombre de oración queda fuera de duda (bastaría sumar los tiempos de retiro de los que nos hablan sus biógrafos: 2 Cel 94-101, p.e.). Es el orante sin interrupción (Adm 16) de las viejas aspiraciones místicas.

¿Cuáles son las bases espirituales de la oración de Francisco? Francisco ora por causa de Jesús, porque en la medida en que uno sigue a Jesús puede orar en su misma tesitura; además, está convenido de que la oración es obra del Espíritu en nosotros (2 R 10, 8), de que la oración lleva a poner la vida toda en manos de Dios en un proceso identificativo con la cruz de Jesús (LM 4, 3; 2 Cel 194).

De una serie amplia de textos franciscanos (1 R 3; 2 R 3; 5; CtaAnt) se puede deducir que, en la mente de Francisco, la oración tiene primacía en la vida del grupo franciscano, o, de otro modo, no es una devoción más, sino un elemento integrante de lo básico de la fe.

6. UNA EXPERIENCIA PECULIAR: LA REGLA

Todo este sistema de experiencia de Dios ha tenido en Francisco un modo peculiar de expresión en todo lo que ha constituido el fenómeno de la Regla franciscana. Experiencia hecha de cruz y de cercanía a la necesidad del hermano; intento hondo de aproximar los núcleos del Evangelio a la vida real de la fraternidad. Por eso a la Regla se le suele llamar «médula del Evangelio», porque el hermano menor tiene una sola regla definitiva, el Evangelio de Jesús. De ahí brota el terco empeño de Francisco en no provocar un desdoblamiento de documentos orientadores, sino en subrayar los núcleos del Evangelio, tal como él los entiende, y hacerlos regla del hermano menor. El doloroso contencioso habido entre los hermanos y Francisco por esta causa denota que el asunto no fue nada fácil, verdadero camino de cruz, y, sin duda, posibilidad de crecimiento evangélico. Así, para Francisco, el tema en torno a la Regla fue, sin duda, ámbito privilegiado de una peculiar experiencia de Dios.

* * *

Este ha sido Francisco: el que ha comenzado a entrar en los mecanismos de la experiencia de Dios por la entrañable puerta de la

Eucaristía que le ha llevado a descubrir la humanidad de Jesús centrando su vida en el hecho de la cruz. Allí ha visto él que su propia persona, en la mayor de sus debilidades componentes, era acogida desde dentro, y esto, con la garantía del marco eclesial, ha derivado en un estilo de vida concreto, marcado por lo penitente, lo itinerante, lo pobre, lo fraterno. La oración como elemento de vida ha sido ayuda decisiva. Y quizá, como experiencia peculiar dentro de este sistema, la de la Regla, con todas sus connotaciones, le ha sido cruz y posibilidad. Vida de densa experiencia, vida vuelta al Evangelio, vida de acceso a la realidad del Padre.

II. EXPERIENCIA DE DIOS EN LA PERSONA SECULAR DE HOY

¿Es posible extrapolar a nuestra realidad de hoy esta experiencia de Dios que tiene Francisco? Creemos que, de salida, es preferible decir que no. O, si queremos matizar un poco más, digamos que no lo es de un modo directo e inmediato. Liberándonos de romanticismos y anhelos no reales, no puede uno sustraerse a que hay algo que impide una traslación directa de este sistema espiritual a nuestros modos habituales de vida. Decir que ello sólo es debido a que la persona de Francisco es la de un entregado al reino y que la nuestra es pura mediocridad, tal vez no sea respuesta suficiente. Tratemos de puntualizar.

1. PRESUPUESTOS ANTROPOLÓGICOS

Antes de nada es preciso decir que la persona de hoy, para llegar a una experiencia posible de Dios en este punto de la historia, necesita unos elementales presupuestos antropológicos que, de no haberlos, hacen casi imposible esa experiencia de Dios. Tales como:

- * Una *intuición* básica, un vislumbrar lo hermoso de la fe, un despertarse a las posibilidades de lo cristiano.
- * Un cierto *arropamiento* del grupo, fraterno u otro, un apoyo afectivo-religioso de los que andan en parecidos anhelos.
- * Un decidirse a *algo efectivo* en materia de vida cristiana, superando los simples buenos deseos o los meros conatos de estilo de vida evangélica.

2. LO MARCANTE DE LAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS

Manejando los antedichos presupuestos, que predisponen y abren al tema, el creyente de hoy se juega gran parte de la posibilidad de su experiencia de Dios en lo marcante de las experiencias históricas. Es el lenguaje (común al creyente y al no creyente, aglutinados ambos sobre una determinada valoración positiva del marco histórico) que inicialmente puede franquear el acceso a la experiencia de Dios. Cuando hablamos de experiencias históricas nos estamos refiriendo a:

- * El camino por los plurales y multiformes cauces del amor humano, haciendo del crecimiento en los valores de la relación humana el campo en el que uno dilucida lo que es y lo que pretende ser.
- * La ineludible experiencia de la solidaridad en la batalla por la justicia, haciendo creciente acopio de participación en modos concretos de comunión en todas las liberaciones a las que aspira el fondo de la persona.
- * Sintonía con las raíces de lo humano, heridas hasta su última fibra. Es la pregunta acuciante por el anchuroso mundo de la marginación, tan presente en nuestra sociedad como siempre o más.

En este tipo de experiencias, comprendidas de modo global, es donde la persona secular de hoy inicia la posibilidad de acceso a lo válido del Dios experimentado.

3. FAMILIARIDAD CON EL MUNDO DE LOS VALORES EVANGÉLICOS

La posibilidad de la experiencia de Dios para la persona de hoy pasa por una cierta familiaridad con los valores evangélicos. Algo que incluye, además de la familiaridad con el texto del NT como tal (familiaridad de larga y no fácil consecución), una sintonía y una participación en pequeños planes de vida donde lo evangélico sea motor y orientación. Difícilmente podrá darse esto en el ámbito de lo personal, por lo que habrá que hacer esta experiencia, casi siempre, en el marco del grupo creyente. Así la comunidad de fe queda comprendida como algo del todo necesario por causa del simple hecho de la construcción de lo cristiano.

4. EN EL TORBELLINO DE LA MUERTE/RESURRECCIÓN DE JESÚS

En todo tiempo, esta experiencia de lo nuclear del hecho del Jesús histórico ha sido lo fundamental, nuclear e insustituible de lo básico de la experiencia cristiana. Es justamente la experiencia del que llega a ver que lo nuclear del Evangelio sigue de verdad vivo y presente en la propia vida; es llegar a convencerse, con el convencimiento de lo verdadero, de que Jesús ha entrado en la vida y de que hay posibilidad de que entre cada vez más; es llegar a emocionarse ante Jesús con la emoción propia del amor; es llegar a saber que, de algún modo, se conecta con ese Jesús de nuestros anhelos; es sentir, en cualquier situación en la que uno se halle, que ya no puede volverse atrás en este camino comenzado; es saberse de tal modo agarrado por dentro, que uno ya no podría ser otra cosa aunque lo quisiera; es, por todo ello, llegar a sentir una terrible nostalgia del día del Señor; es entrar por el camino desmesurado y peligroso de los presupuestos evangélicos. Verdadero torbellino que envuelve la vida del creyente y la reorienta hacia ámbitos que antes le habían sido insospechables. Verdadera obra del Espíritu de Jesús, verdadera reconversión de la propia historia, núcleo de la experiencia cristiana.

5. VIVIENDO LOS SACRAMENTOS COMO CONFESIÓN Y ÁNIMO

No tanto como expresión religiosa, ya que este lenguaje de lo religioso se le ha oscurecido al hombre secular. Pero las grandes posibilidades de los sacramentos, como marco para la confesión viva de la fe y como lugar para el ánimo creyente, permanecen vivas y necesarias para aquel que ha entrado (aunque fuere débilmente) en la experiencia de lo cristiano con una cierta definitividad. Naturalmente que una vivencia de los sacramentos, concebidos más como confesión de fe y ánimo que como expresión religiosa, imprimirán a la celebración de los mismos un giro de casi total novedad en formas y contenidos.

6. EN EL AGARRADERO DE UNA ORACIÓN Y DE UNA IGLESIA DISTINTAS

Manteniendo estos valores no sólo por aprecio de su venerada antigüedad, sino por pura necesidad, por considerarlos como agarraderos necesarios para no naufragar en esta verdadera conflagración de sentimientos, opiniones y situaciones nuevas que al hombre secular le cuesta asumir e integrar. El calificar a estas realidades espiri-

tuales como «distintas» está queriendo indicar que los caminos y tratamientos empleados con ellas hasta ahora no parecen ser viables sin al menos un cierto tratamiento. Mucho del esfuerzo cristiano por actualizar la fe se ha de desarrollar en la reorientación de estas realidades, verdaderas ayudas para una experiencia de fe cuando se las toma desde lados nuevos.

III. CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

¿Cómo entroncar estos núcleos de lo cristiano hoy con lo más valioso de la experiencia franciscana antes descrita? ¿Cómo se potencian? ¿Dónde convergen y en qué son divergentes?

1. CONVERGENCIA EN EL NÚCLEO

Es lo más alentador y lo que queda fuera de toda discusión: la semejanza de anhelos entre el creyente Francisco y el creyente de hoy. El común apuntar a lo envolvente de la muerte/resurrección de Jesús como experiencia que puede reorientar el fondo de la persona hacia un modo de vida evangélico, en lúcida experiencia de la realidad del Padre. Ahí el seguidor de Francisco se ve fuertemente apoyado por el espíritu que anima su vida y sus escritos.

2. CONVERGENCIA EN LOS APOYOS

A pesar de una valoración distinta, Francisco y el creyente franciscano convergen en apreciar los grandes apoyos de la fe, tales como la oración, el marco de la Iglesia, la búsqueda cristiana envuelta en lo sacramental, etc. Verdadero andamiaje sin el que la experiencia definitiva de la fe en el Padre se hace imposible. La distinta óptica con la que lee el creyente franciscano de hoy estas realidades, no sólo no las priva de su valor y necesidad de cara a una experiencia sólida de vida cristiana, sino que las potencia y las requiere sin cesar.

3. DIVERGENCIA EN LA VALORACIÓN DE LO HISTÓRICO

No es que Francisco no tenga una valoración fuerte de lo histórico. Más aún, en ciertos asuntos (por ejemplo, en la valoración de las clases excluidas) su posición es avanzada. Pero lo histórico como

lenguaje de la fe ha cobrado en el hoy del creyente una importancia decisiva para iniciar y ahondar el proceso de la fe. Es quizá en esto donde la divergencia es mayor y donde la inadecuación se hace más llamativa. Ser consciente de ello ya es mucho; poner en eso énfasis e interés es de vital importancia para el ulterior desarrollo del proceso de la fe.

4. DIVERGENCIA EN LA VALORACIÓN DE LO RELIGIOSO

Que Francisco ha sido un hombre muy religioso, queda fuera de duda. Que su valoración de la práctica religiosa ha sido muy intensa, es así mismo evidente. Quizá sea ésta una de las divergencias mayores con el hombre secular de hoy, para quien el lenguaje de lo religioso es un lenguaje menor y en parte oscurecido. Tal vez la única manera de aprovecharlo hoy sea reconvertirlo desde el lado de la experiencia del valor de lo histórico, insertándolo en él y tomándolo como apoyo y socorro en la dificultad y dureza de lucha por humanizar la historia.

5. UNA CARENCIA: LA EXPERIENCIA DE LA REGLA

Para el creyente franciscano de hoy, la Regla, en gran medida, no es una realidad viva; para Francisco fue un campo de batalla y un ámbito de posibilidades. Desde el punto de vista sociorreligioso la diferencia de situaciones es total. Sin embargo, puesto que la Regla viene a ser en sí misma (más allá de su historia peculiar) la síntesis y médula del Evangelio, el encuentro de Francisco y del franciscano en el trabajo por situar lo cristiano en lo medular del Evangelio creemos que es una auténtica coincidencia de anhelos.

IV. CONCLUSIÓN: LA EXPERIENCIA POSIBLE

La conclusión a la que llegamos tras esta reflexión es que la experiencia de Dios, tanto en el caso de Francisco como en el caso del creyente franciscano, es posible, siempre que se dé un correcto tratamiento a los componentes históricos y de fe en el momento en el que a cada uno le ha tocado vivir.

- * La experiencia de Dios es, pues, posible si el enfoque de la propia época histórica es correcto y en la medida en que uno sintonice con ella.

- * La experiencia de Dios es posible si, además, el esfuerzo creyente es tenaz y constante por situarse en lo más nuclear del Mensaje, en la experiencia más viva (muerte/resurrección) del Jesús evangélico.
- * La experiencia de Dios es posible si se hace un esfuerzo consciente por actualizar los apoyos o ayudas que la misma fe nos ofrece en las mediaciones eclesiales, orantes, fraternas, sacramentales, etc.
- * La experiencia de Dios es posible si se la inserta en los mecanismos reales de la vida y de la persona, hasta hacerla parte de ambas realidades.

Francisco es un hombre inspirado por Dios para encarnar en su momento una fuerte y elocuente experiencia de Dios. Por eso mismo es elemento inspirador para esa misma experiencia en todos aquellos que se apoyan en el testimonio de su vida y en los contenidos de su mensaje, siempre que, con claridad y discernimiento, se hagan las pertinentes rectificaciones que el mismo decurso de la historia impone. Estas son las posibilidades de lo franciscano para la fe de hoy.